

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES



96

LETRAS LIBRES
AGOSTO 2013

PERFIL

CUENTAS CON MANDELA

✪ MARCEL GASCÓN

Libertadores africanos hay muchos, y todas las retóricas de resistencia pueden tener atractivo y razones. Lo excepcional de Nelson Mandela, y lo que explica su *santidad*, es la gestión de la legitimidad de la lucha una vez conseguido el poder. Nelson Mandela pasó veintisiete años en prisión y jamás negoció sus principios. Todas sus concesiones vinieron cuando tuvo el viento de cara. A su liberación, en 1990, no aprovechó su capital moral contra sus carceleros y contra quienes llevaban más de tres siglos humillando a su pueblo. Lo utilizó estrictamente contra el sistema que impulsaba acciones racistas, y para liderar a sus millones de partidarios por el camino, lleno de renuncias a corto plazo, de la reconciliación y la convivencia.

Con frecuencia, al expresidente sudafricano se le elogia una supuesta evolución, acontecida durante sus años en la cárcel, de un nacionalismo africano antiblanco a un liberalismo no racial. Esto no es del todo cierto. Al principio de su militancia política, Mandela decía que deseaba que los blancos de Sudáfrica volvieran a Europa. Pero su apuesta por una democracia para todos los

sudafricanos llega mucho antes de que empiece a cumplir la cadena perpetua en 1964. Además de sus posiciones dentro del Congreso Nacional Africano (CNA), dos hitos en su vida y en la de la organización demuestran muy claramente que el nacionalismo antieuropeo de ambos duró muy poco tiempo. Tanto la “Carta de la Libertad” (1955) —cuya elaboración encabezó el CNA— como su *yo acuso* del juicio de Rivonia (1964) proclaman un compromiso nítido con una “sociedad libre en la que todas las personas vivan juntas en armonía e iguales oportunidades”.*

El uso de la violencia es una de las críticas más repetidas por parte de los detractores de Mandela. Cofundador del brazo armado del CNA en 1961, Mandela fue su comandante en jefe hasta su detención en 1963. Tras una fase inicial de sabotajes a infraestructuras sin víctimas, el Umkhonto we Sizwe (lanza de la nación) recrudenció sus métodos violentos paulatinamente, y los coches bomba que utilizó en la década de los ochenta cobraron numerosas víctimas civiles. En la peor acción del grupo que contribuyó decisivamente a fundar murieron, en la Church Street de Pretoria en 1983, diecinueve civiles. Aunque Mandela se encuentra para ese entonces en la cárcel y no es responsable del sendero

* Discurso de Mandela ante el tribunal que lo condenaría a cadena perpetua en el juicio de Rivonia (1964).

que toma el grupo, en su autobiografía sitúa el atentado en el clima de “guerra” con el régimen y lo califica de “grave accidente”, pero asume lo ocurrido como “una consecuencia de la decisión de embarcarse en la lucha armada”. Como el mismo Mandela apunta, la naturaleza de la lucha no la decide el resistente, sino el poder. El régimen contra el que él combatió reprimía, a menudo brutalmente, las movilizaciones pacíficas, que en el mejor de los casos eran completamente ignoradas.

Cierto lugar común ubica a Nelson Mandela como un personaje de excepción en el movimiento de liberación sudafricano. Otra inexactitud. El CNA tuvo siempre grandes líderes de indudable estatura política y vocación pragmática y nacional, como Albert Luthuli o el matrimonio de Walter y Albertina Sisulu. Considerar a Mandela una excepción milagrosa, aun extendida a unos pocos dirigentes como Luthuli o los Sisulu, es despreciar la capacidad de decisión de los cuadros intermedios del movimiento *antiapartheid* y de las propias bases. Mandela y la aristocracia que tuvo cerca pudieron influir en favor de la opción no revanchista, pero las clases medias y las masas del partido tuvieron como mínimo que estar de acuerdo para deponer las armas.

Una de las pocas cosas que comprometen —me lo hizo ver hace poco

+Mandela, democracia no racial.

el escritor cubano Juan Abreu— la merecida imagen de hombre justo de Mandela es su apoyo a un dictador como Fidel Castro. Mandela y sus compañeros del CNA tienen deudas con muchas dictaduras, que les dieron el apoyo militar y sin reservas que no encontraban en las democracias occidentales. Pero si Mandela no es un político cínico y *realista*, no se le puede aceptar esta gratitud ciega con Castro, cuando el propio Mandela sí ha denunciado los abusos de otro de los suyos como Robert Mugabe. Como decía Abreu, alguien que pasó veintisiete años en la cárcel por sus ideas políticas celebra a un dictador que asesina y encarcela incluso durante más tiempo a quienes se oponen al régimen; el preso político más famoso del mundo contribuye a la invisibilidad de otros presos políticos.

¿Qué país deja Mandela? En primer lugar, resulta injusto considerar la Sudáfrica actual en su conjunto como legado de un solo hombre, que además fue presidente durante solo cinco años y asumió el cargo con más de setenta de edad. Los primeros problemas del país son la pobreza generalizada y la inseguridad. No es posible revertir en menos de veinte años de democracia siglos de exclusión y abuso, aun cuando el rumbo para corregirlas sea el correcto. Pero Mandela no se ocupó nunca de este

tipo de cuestiones. Obligado por las circunstancias, su misión fue evitar el enfrentamiento civil, construir una democracia para todos y encontrar un punto razonable entre “las aspiraciones de los negros” y “los miedos de los blancos”.

Nelson Mandela dejará una Sudáfrica no racial, democrática y pacífica, con inmensos retos que tiene la suerte de poder resolver como Francia y Estados Unidos y no como Siria o Egipto. Un país sólido, políticamente previsible, que aprovechando la herencia del dominio blanco, es líder económico y moral en África sin los atajos al liderazgo de los hombres fuertes o los sacrificios democráticos. Creo que el país mantendrá este rumbo en el futuro. Independientemente de la evolución del CNA, la primera garantía de Sudáfrica es la extraordinaria pujanza, admirablemente articulada en la constitución, de una sociedad civil con innumerables focos e intereses, que bebe de fuentes tan distintas y poderosas como la tradición británica, el activismo —sobre todo negro— contra la pobreza, el *apartheid* y el orgullo, el amor al trabajo y el apego literal a la tierra del pueblo afrikáner. —

LITERATURA LA APARICIÓN DEL ESPÍRITU

AURELIO ASIAIN

Quizá nunca sepamos si José Juan Tablada estuvo en Japón. Su nombre no figura en los registros aduanales ni en las listas de pasajeros de los barcos en que pudo haber llegado a Yokohama, ni hay noticia consular de su estancia, de la que tampoco da cuenta su diario, en un sospechoso paréntesis exacto. Toda su vida fue parco y esquivo respecto al viaje, y no sería imposible que las crónicas y los dibujos y acuarelas del periodo, supuestamente datadas y firmadas *in situ*, fueran obra de segunda mano, como sus traducciones, que fanfarronamente declaraba directas, cuando las hacía del inglés y el francés, y estén acreditadas o no como tales entre el puñado de poemas suyos escritos siglos antes en japonés.

And yet, and yet... cuando en noches de Bogotá y Cuernavaca Tablada le decía a su esposa Nina —quien lo cuenta en sus memorias— que ese cielo estrellado le recordaba el de Yokohama, ¿extremaba la superchería o rompía un silencio que, de haberse realizado el viaje, no sería menos extraordinario?

Hay quien cree encontrar un testimonio de la estancia de Tablada en sus poemas sintéticos, resultado de una compenetración tan profunda con el espíritu japonés que aun lo alejaría de los lectores de su lengua. Lo dice, por ejemplo, la profesora Seiko Ota: “es difícil de entender el haiku tabladiano para el hispanohablante que no tiene la costumbre de leer lo que el lector japonés ve detrás de lo escrito”.¹ Observación curiosa, que a Tablada le habría encantado, desde luego, pero descaminada. Lo que Tablada aprendió de la poesía japonesa tradicional, a través de versiones inglesas y francesas, y quizá también de los ecos de esa poesía en el *imagism* anglosajón y en Apollinaire, fue sobre todo de orden retórico.

Uno de los poemas más conocidos de Tablada, que hace años se divulgaba por la radio y en algunos muros de la ciudad de México, es este:

El saúz

Tierno saúz
Casi oro, casi ámbar
Casi luz...

(Un día..., Caracas, 1919)

Tiene rasgos de haiku: la referencia estacional del árbol mismo, que corresponde al principio de la primavera; la ausencia de verbo y predicado, la imagen única. La audacia de repetir tres veces una palabra en las diecisiete sílabas canónicas, aunque distribuidas de un modo inusual, recuerda la del celeberrimo haiku de Bashô:

松島や ああ松島や 松島や

¡Ah, Matsushima!
¡Ah, Matsushima, ah!
¡Ah, Matsushima!

¹ 俳句とジャポニスム—メキシコ詩人タブラダ、思文閣出版、2008.



+Tablada y Japón, juego especular.

Pero, en su brevedad, el poema de Tablada no es una exclamación sino una reflexión: un juego especular. Del oro al ámbar a la luz, el árbol se dematerializa hasta quedar *casi* en espíritu. Octavio Paz vio en el poema “un paisaje verde líquido” (*Las peras del olmo*). ¿Pensaba, quizá, en el agua a la que suelen asomarse los sauces? Seiko Ota lo ha relacionado con poemas japoneses y con este pasaje, en el que subrayo, de *Las sombras largas*:

Amé tanto aquel saúz, con tan ciega fe franciscana lo doté de una alma, lo personifiqué de tal modo, que fue para mí como un genio rústico y amigo, una especie de buen sylvano que a no ser inmóvil y mudo me hubiera hablado cordialmente...

Sí, aquel saúz, genio rústico, *era para mí una alma* y entre él y mi persona habíanse establecido silenciosas vibraciones que eran más que un lenguaje, puesto que eran un idioma en la cuarta dimensión que como tal solo hablaba de cosas eternas...

Por eso, lo diré aun a riesgo de parecer excéntrico o pueril, una tarde, en vísperas de abandonar mi hogar y de alejarme hacia un exilio oscuro e intimidante, tras de despedirme de los seres queridos, me dirigí al jardín penumbroso y al borde del lago lleno de estrellas y de temblores, abracé al saúz y aun creo

que oprimí con mis labios la rugosa corteza.²

Sí: una alma. O casi. El poemita hace pensar en otro de Tablada, también muy conocido (en el “Bestiario” de *El jarro de flores*, Nueva York, 1922):

Un mono

El pequeño mono me mira...
¡Quisiera decirme
Algo que se le olvida!

La experiencia es común. La registró Gómez de la Serna, en una greguería: “Hay tanta gente alrededor de la jaula de los monos que parece que dan conferencias.” Pero lo que al español le hace gracia al mexicano le causa perplejidad. No es difícil imaginarlo rascándose como el mono la cabeza, ante el espejo imperfecto. Tampoco es difícil ver los dos poemas de Tablada fundidos en este de Octavio Paz (al que Manuel Álvarez Bravo me remitió una vez citando magistralmente solo la palabra final):

Prójimo lejano

Anoche un fresno
a punto de decirme algo
—callóse.

En Tablada el mono es pequeño, como el saúz tierno. El árbol es casi oro, casi ámbar, casi luz; el mono casi recuerda, casi habla, casi tiene un alma. En los dos poemas hay una inminencia: la del espíritu, la del alma, la de la luz.

Lo cual es, desde luego, muy poco japonés. —

² José Juan Tablada, *Las sombras largas*, Dirección General de Publicaciones, México, 1993, pp. 161-162.

ARQUEOASTRONOMÍA TRAS LAS HUELLAS DE URÓBOROS

de CARLOS CHIMAL

Z agora se localiza en un promontorio que mira hacia la costa oeste de la isla de Andros, una de las Cícladas. De acuerdo a los arqueoastrónomos que acompañó, es muy probable que en 950 a.

C. ya hubiera alguien aquí, viendo las estrellas con un método y tratando de seguir un orden espaciotemporal. La expedición me lleva por los vestigios del único observatorio de la Antigüedad descubierto hasta hoy en Grecia. Hay una mirada distinta al estudiar los templos y las prácticas astronómicas que en ellos se llevaban a cabo. En el vivac nocturno se reflexiona sobre las adoraciones celestiales, mitologías y religiones a través de híbridos emanados de la ciencia que ayudan a reinterpretar las civilizaciones de nuestro pasado remoto. Como dice uno de mis guías, “estamos haciendo antropología de la astrofísica, lo cual es muy distinto que hacer historia de la astronomía”.

Quién no ha escuchado mencionar los diversos monumentos y edificaciones ceremoniales de las primeras culturas humanas, casi todos ellos alineados conforme al movimiento de los astros. Tanto la fidelidad de la orientación cardinal que sigue la gran pirámide de Guiza en Egipto como la devoción matemática de los mayas por Venus, al orientar hacia ese planeta el Palacio del Gobernador en Uxmal, son dos ejemplos impresionantes que invitan a explorar de nueva cuenta el primer pensamiento cosmológico. Alguna vez se interpretaron desde el punto de vista de la escatología, de la antropología, de la sociología, incluso desde el estructuralismo.

Hoy le toca a esta amalgama de disciplinas, que van desde la investigación arqueológica hasta la astronomía, expresarse y arrojarnos novedosas explicaciones sobre tópicos tan variados como planificación urbana, calendarios indígenas, conceptos prístinos del tiempo y del espacio, primeros sistemas de conteo, protomatemáticas y geometría antigua, así como respecto de las técnicas de sondeo en tierra y de navegación en el mar. Algunos arqueoastrónomos creen que existen claves coherentes transmitidas por generaciones. A veces permanecen inmutables y a veces se transforman, convirtiéndose en un símil del original. Generan una especie de meme, según los concibió el polémico genetista de Oxford Richard Dawkins. Se trata, pues, de



+Belmonte: leer el cielo.

patrones simbólicos referidos a las estrellas y planetas, alegorías de cuerpos inquietantes como los cometas y los asteroides, cuyas representaciones han perdurado hasta nuestros días.

En el Instituto de Astrofísica de Canarias, en Santa Cruz de Tenerife, mi intención es entrevistarme con uno de los más ilustres estudiosos de esta ciencia, el profesor Juan Antonio Belmonte. Experto en la cultura de los antiguos egipcios, le pregunto sobre semejante forma de drenar el pasado, de taladrar en la roca de nuestra ignorancia, por ejemplo, sobre el origen del calendario civil único, de 365 días, que regía la vida de los egipcios hasta antes de la abrumadora influencia helénica y en el que no cabían los años bisiestos. Según el profesor Belmonte, desde el inicio de la egiptología los estudiosos han propuesto varias hipótesis. Primera, que estuviera relacionado con la aparición de Sirio (Sothis en griego, Sopdet en antiguo egipcio), ya que algunas fuentes clásicas asociaban la aparición de la estrella con el inicio del año en Egipto. En consecuencia, 365 sería el valor promedio entre dos apariciones sucesivas de dicha estrella en el firmamento. Si consideramos que el ciclo sótico dura 1,460 años, este calendario ciudadano comenzó a usarse en 2781 a. C. Una segunda hipótesis propone un origen relacionado con el sol, es decir, el periodo entre dos repeticiones sucesivas de la

misma estación solar, ya sea un solsticio o un equinoccio, aunque, afirma Belmonte, esta es menos popular que la primera. Una tercera hipótesis trata de explicar el origen del calendario basado en un mes lunar y en un año lunar promedio. La última y cuarta hipótesis le confiere un origen basado en el valor promedio del intervalo de los días entre sucesivas crecidas del río Nilo. “Nosotros pensamos ahora”, me dice Belmonte, “que este calendario civil podría ser el resultado de la combinación de uno más antiguo, en efecto, asociado al río Nilo, con observaciones precisas del movimiento del sol, de acuerdo a la segunda propuesta”.

Es claro que detrás de querer saber cómo encontraron el verdadero norte los antiguos chinos o de pretender explicar la diferencia de una hora y 17 minutos entre la medición de Maimónides de la conjunción luni-solar que aparece en su *Mishné Torá* y la *molad*, existe la necesidad de precisar los términos escatológicos en los que está planteada nuestra obsesión por vencer la muerte, ya sea resucitando o creyendo que después nos espera algo. El doctor Belmonte hace hincapié en el hecho de que, hasta antes de la invención de los relojes atómicos y los sistemas de rastreo geosatelital (GPS), las culturas prosperaron o fracasaron, tanto en lo filosófico como en lo económico, según su capacidad de leer el cielo. —

ARTE URBANO

EL PRIMER GRAFITI EN LA CIUDAD

de HÉCTOR VILLARREAL

“VERÓNICA TE AMO”, si no mal recuerdo, leía cada domingo cuando mi papá me llevaba de paseo en un camino por la Avenida Cerro de las Torres, en la colonia Campestre Churubusco. Según mis cálculos, eran los últimos meses de 1977 o los primeros de 1978 y eso estaba escrito en la pared de una casa frente a la Universidad Iberoamericana con pintura en aerosol color rojo. Poco después varios imitadores, posiblemente también enamorados o en calidad de pretendientes, dejaron declaraciones en las cercanías dedicadas a su vez a otras destinatarias.

Hasta hace muy poco suponía que los interesados en el tema del grafiti en México tenían conocimiento de este tipo de manifestaciones gráficas de entonces. Sin embargo, el ilustrador y escritor sobre arte urbano Jorge Flores-Oliver me asegura que no. El supuesto establecido entre los especialistas es que fue hasta después del estreno de la película *Los guerreros* (*The warriors*; de Walter Hill, 1979), que los *chavos banda* hicieron los primeros, al tratar de imitar a los pandilleros neoyorquinos escribiendo en los muros o en la infraestructura urbana de sus colonias los nombres con los que se identificaban, los de su *banda*.

Mi supuesto sobre la posibilidad de que haya sido un estudiante de la Ibero el autor de este grafiti, además de la cercanía, tiene que ver con el hecho de que la barda que rodeaba el campus universitario estaba dividida en muchos espacios que eran utilizados por los estudiantes para pintar pequeños murales, de manera individual o grupal. Se trataba de una tradición de esta institución educativa: el 7 de marzo, día de la Comunidad Ibero, a quienes lo habían solicitado previamente se les asignaban secciones de muro de aproximadamente un metro por dos y medio, y sus obras duraban ahí hasta la misma fecha del siguiente año.

Desde entonces me ha parecido fácil especular que algunos de estos

chavos familiarizados con la expresión en muros podrían tener la idea de llevar sus mensajes más allá de los espacios institucionales previstos entonces para ello. Si bien estas pinturas estaban en el interior de la barda perimetral de la institución, podían verse desde afuera, de modo que desde mi perspectiva el grafiti afuera y los muros pintados en el interior formaban parte del mismo paisaje.

Sin embargo, Julia Palacios, estudiante de la Ibero en aquellos años y actualmente académica en la misma, me asegura que todos esos murales se pintaban con brocha, que no recuerda alguno hecho con técnica en aerosol. El antecedente referencial de estas manifestaciones pictóricas muy posiblemente se halla en el “mural efímero” de José Luis Cuevas, pintado en la Zona Rosa en 1967.

Hay otra razón por la que no me extraña que algún estudiante de la Ibero se haya anticipado a los chavos banda en hacer uso de la pintura en aerosol en la vía pública. Y es que la disponibilidad de las latas era entonces muy escasa. Tengo entendido que, además de ser caras, su oferta estaba limitada a colores metálicos. El fenómeno del grafiti de manera amplia y popular solo fue posible hasta que fueron producidas en México y puestas a la venta en tlapalerías de las colonias populares a un precio accesible (no es suficiente ver una película). No

me extrañaría que el autor del grafiti al que me refiero haya traído una o varias latas de Estados Unidos, luego de que allá hubiera tenido conocimiento del uso que se hacía de ellas como instrumento de escritura.

En ciudades fronterizas como Tijuana, gracias a la interculturalidad dada por la población que vive y convive entre Estados Unidos y México, la historia del grafiti se anticipa por años a la del centro del país, y se asemeja en su intención y expresión a la de las pandillas norteamericanas. Por eso considero que los estudiosos del tema deberían reparar no solo en los orígenes supuestos de las primeras expresiones de esta técnica, sino también en sus significaciones poco atendidas: no la rebeldía, el grito de los jóvenes marginados y sin oportunidades, sino motivaciones más próximas a la condición sentimental que a la condición de clase, y que sin embargo se vieron favorecidas por cierta posición socioeconómica afortunada.

Meses después del periodo de mi observación infantil, el 14 marzo de 1979, hubo un sismo que colapsó los edificios de la Ibero, lo cual, a la larga, terminó con la tradición muralística efímera del lugar. Para entonces mi paseo familiar había cambiado de ruta perdiendo así la pista a las declaraciones de amor. Era la fecha de *Los guerreros* en cartelera. —

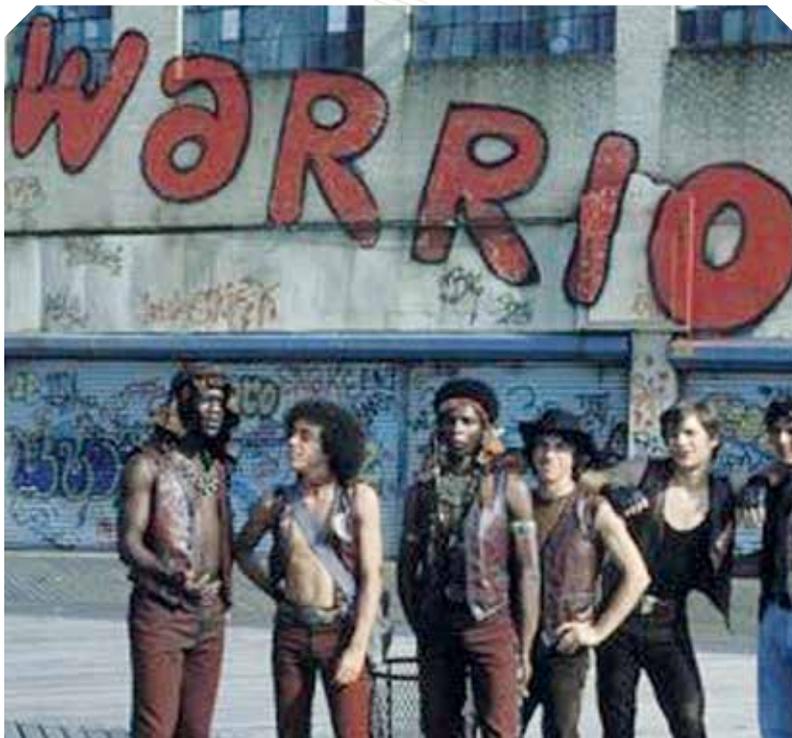
LITERATURA LEVRERO FUE ANTES QUE EL SUDOKU

RODRIGO MÁRQUEZ TIZANO

El otro día escuché a alguien decir que Levrero estaba muy manoseado, pasado de sobe, como un trozo de carne molida que comienza a oxidarse entre las yemas del incómodo. Era una charla de barra y el interlocutor del manoseador respondió que sí, obvio, Levrero iba ya en camino a la “bolañización”. Aquella respuesta me hizo pensar de inmediato en una de esas turbas que se abalanzan sobre los restos frescos del religioso descuartizado: algunos almacenan las uñas en saquitos de cuero, como amuleto; otros tasan los clavos como *souvenirs* caros de la fe. Imaginé a Bolaño desmembrado, y a sus detractores, editores, discípulos y lectores ocasionales, peleando por un pedacito de su cadáver. Me ref también porque me acordé de la torpe búsqueda que emprendí en pos de los papeles menos importantes de Mario Levrero (lo menos manoseado, vaya, o al menos lo que a nadie le ha interesado manosear tanto, todavía), y también de cuando me topé con una posada que lleva su nombre, en Colonia, Uruguay.

No solo la encontré: me hospedé allí, en una habitación con demasiadas camas y bautizada en honor a la organización criminal que pulverizó la carrera de Carmody Trailler. Placas hay por todos lados, como en museo sin videoartistas. La de la entrada, pasándose de manos, instruye: Aquí vivió el escritor uruguayo Mario Levrero 23/01/1940–30/08/2004, Colonia del Sacramento. Esta entrada, la diminuta puerta entre dos faroles, me hace pensar en una solapa, en la fotografía donde Levrero aparece tras el herraje decó en forma de luna morisca, con musculosa y lentes de pasta. Es aquí. También entre estos muros terminó *El discurso vacío*, me revela el dueño del hostel. Levrero odiaba esta propiedad. Son las ruinas embellecidas de un set: jardín al rape, ladrillo expuesto, hormigón y quinchito top. Busco la reja por donde dejó escapar al perro, mientras espero que

+Los guerreros y la llegada del grafiti.





+Las reliquias de Levrero.

la audioguía comience a separar la imaginación instrumental de la inocentada sin remedio. En mi descargo debo adelantar que no soy afecto al turismo literario. Me rehúso a visitar tumbas, sobre todo. A nadie sorprendería si un día construyen un parque temático en, digamos, Key West. Pero este sitio es distinto: parece sacado de *El lugar* y se amolda según el deterioro del yo hospedado. La casa: la compré a regañadientes, azuzado por Alicia, su mujer, mientras veía sus días de crucigramista extendidos hasta el infinito, y más tarde mutilados por un empleado de papelería sin muchas luces.

Esos son los documentos que busco: juegos de ingenio, acertijos, crucigramas, perlititas de humor. Firmados por Jorge Varlotta, Álar Tot o Lavallega Bartleby, sus heterónimos ocasionales. Salí huyendo de la posada. En Montevideo, uno de los sobrevivientes del taller levreriano me recomendó trasladar mi búsqueda a la hemeroteca de Buenos Aires. La mayor parte del material que busca usted, dice, lo publicó Jorge durante su estancia argentina, en *Cruzadas*, una revista de Juegos & Co donde trabajó como jefe de redacción, y más tarde como colaborador a distancia en una publicación yanqui que también se editaba ahí. Tomé el Buquebús y pasé de nuevo por Colonia. Me hospedé, como no, de vuelta en la Posada Levrero. Esta vez me tocó una habitación con nombre de cuento y sin

tanto colchón desocupado. Sobre decir que la pesquisa fue un fracaso.

Encontré la hemeroteca hecha un caos, en mantenimiento. Luego intenté contactar a Jaime Poniachik, profesional del acertijo matemático y exjefe de Levrero, solo para enterarme de que había muerto el invierno anterior. En el rastro, conseguí un par de revistas, poco más. Al hijo de Mario, Nico Varlotta, lo acribillé con preguntas sobre el mítico empastado que contiene casi todo el material de ingenio, una suerte de obras completas autoeditadas y que por ahora permanecen custodiadas en la universidad, para su posterior estudio y clasificación. Hasta que eso suceda nadie va a manosear a fondo. Y es que Álar Tot, el crucigramista, es a menudo opacado por su anagrama con partida de nacimiento. Fue uno de los renovadores del juego de ingenio, mucho antes de que el sudoku normalizador se instalara como antítesis del pasatiempo.

La virtud de Tot –Levrero– fue unir la lógica de la novela policíaca con los juegos de palabras: de su mente nació el “crucilaberintijo”, variedad sofisticada del clásico filas contra columnas donde las definiciones son sustituidas por pistas entretijadas; o el “Juego de Procusto” que exige al jugador manejar su propia cama de hierro y carrear los excesos lingüísticos a discreción. La experiencia de resolver los juegos ideados por Levrero está más enfocada al tránsito por distintos estados de ánimo que

al mérito unívoco: sus creaciones son sistemas de control voluntario donde el lector/participante puede circular por las distintas capas del conflicto sin sentirse frustrado al no llegar a “una solución final”. Que no se malentienda: todos los juegos pueden ser descifrados de una o más maneras. De ningún modo estamos frente a simples explosiones lúdicas del ego. Solo que, al igual que en su obra literaria, Levrero se resiste a acatar un sistema de reglas que impone sus derechos como creador sobre la experiencia de quien juega.

El escritor cuenta que dejó de crear juegos de ingenio cuando pidió un aumento en la revista y se lo negaron. Corrían otros tiempos: comenzaba el reinado del ocio autómatas. Ya nadie quiere enfrentarse a problemas sin solución: dejan angustia y se parecen mucho a la vida. Seguimos en las mismas. Si hay que vérselas con las palabras y los derechos de autor, más vale acudir hoy al higiénico reutilizado. Al ingenio de las redes y sus aplausos grabados. Ahí los perspicaces se arrebataron las reliquias hace rato. —

POLÍTICA MOTIVOS PARA LO PÚBLICO

✎ JEREMY BENTHAM

En 1791, Jeremy Bentham publicó An essay on political tactics, un pequeño tratado en el que detallaba las que para él eran las seis principales reglas que toda asamblea política debería seguir para tomar decisiones. El segundo capítulo está dedicado a “lo público”, es decir, a la transparencia gubernamental. Aquí presentamos una selección de los motivos con que el filósofo británico justifica la práctica de transparentar los asuntos de gobierno.



1. Para forzar a los miembros de la asamblea a realizar su deber.

Entre más grande es el número de tentaciones a las cuales está expuesto el ejercicio del poder público, mayor es la necesidad de dar a aquellos que lo poseen los motivos más poderosos para resistir a dichas tentaciones. Pero no hay razón más constante ni más universal que la supervisión del

pueblo. El pueblo se establece como un tribunal, más poderoso que todos los otros tribunales juntos. Un individuo tal vez puede intentar ignorar sus decretos, suponiéndolos compuestos de opiniones fluctuantes y opuestas que se anulan entre sí; pero todos sienten que, aunque ese tribunal puede cometer errores, es incorruptible; tiende continuamente a estar bien informado; concentra toda la sabiduría y toda la justicia de la nación; decide siempre sobre el destino de los hombres públicos; y las sentencias que pronuncia son inevitables. Aquellos que reniegan de sus juicios, solo apelan a él; y el hombre de virtud—aunque se resista a la opinión del momento, aunque se alce por encima del clamor generalizado—, en secreto mide y sopesa el sufragio de aquellos que se asemejan a él.

2. Para asegurar la confianza de la gente y su consentimiento ante las medidas de la legislatura.

La sospecha siempre se adhiere al misterio: cree ver un crimen cuando está percibiendo la afectación de un ocultamiento; y rara vez se le engaña. ¿Por qué habríamos de escondernos si no tememos ser vistos? En la misma medida en que la improbidad desea ocultarse en las tinieblas, la inocencia desea caminar a la luz del día por miedo a ser confundida con su adversaria. El mejor de los proyectos preparado en las tinieblas suscitará más alarma que el peor de ellos llevado a cabo bajo el auspicio de lo público.

Pero bajo una política abierta y libre, cuánta confianza y seguridad, no digo ya para la gente, ¡sino para los gobernantes mismos! Que sea imposible que cualquier cosa suceda con el desconocimiento de la nación: probémosle que no se intenta engañarla ni sorprenderla, así se le quitan todas sus armas al descontento. El pueblo retribuirá con creces la confianza que has depositado en él. La calumnia perderá su fuerza; esta reúne su veneno en las cavernas de la oscuridad, pero la luz del día la destruye.

No he de negar que una política secreta evita algunos inconvenientes; pero creo que a largo plazo crea más inconvenientes de los que evita; y que entre dos gobiernos, uno que

se conduzca secretamente y otro de manera abierta, este último poseerá una fuerza, una determinación y una reputación que lo volverán superior a todas las disimulaciones del otro.

3. Permitir que los gobernantes conozcan los deseos de los gobernados.

En la misma medida en que es deseable para los gobernados conocer la conducta de sus gobernantes, también es importante para los gobernantes saber los verdaderos deseos de los gobernados. Bajo la guía de lo público, nada es más sencillo. El pueblo está en una situación en la que se forma una opinión informada, y el curso de esa opinión es fácil de trazar. En un régimen opuesto, ¿qué se puede saber con certeza? El pueblo siempre procederá hablando y juzgándolo todo, pero juzgará sin información e incluso a partir de falsa información: su opinión, al no estar basada en hechos, es del todo diferente de lo que debiera ser, de lo que sería si estuviera fundada en la verdad.

4. En una asamblea elegida por el pueblo y renovada cada cierto tiempo, su carácter público es necesario para permitir a los electores actuar a partir del conocimiento.

¿Con qué propósito renovar la asamblea si el pueblo siempre está obligado a elegir entre hombres de los que no sabe nada? Esconder del pueblo la conducta de sus representantes es agregar inconsistencia a la prevaricación. Es decir a los electores: “Deben elegir o rechazar a tal o cual de sus delegados sin saber por qué; tienen prohibido el uso de la razón; en el ejercicio de sus mayores poderes, deben guiarse solo por azar o capricho.”

5. Proveer a la asamblea los medios para aprovechar la información del pueblo.

Una nación demasiado numerosa para actuar por sí misma está sin duda obligada a confiar sus poderes a sus representantes. Pero, ¿poseerán ellos de manera concentrada toda la inteligencia nacional? ¿Es posible siquiera que los elegidos sean en todos aspectos los más iluminados, los más capaces, las personas más sabias de la nación? ¿Que posean entre ellos solos todo el conocimiento general y



+Actualidad de Bentham.

local que precisa la función de gobernar? Este prodigio de elección es una quimera. En tiempos de paz, la riqueza y la distinción de rango siempre serán las circunstancias más probables para hacerse del mayor número de votos. Los hombres cuyas condiciones en la vida los llevan a cultivar sus mentes rara vez tienen la oportunidad de iniciarse en una carrera política. Locke, Newton, Hume, Adam Smith y muchos otros hombres geniales nunca tuvieron un asiento en el parlamento. Los planes más útiles a menudo han provenido de individuos privados. Sin entrar en detalles, es fácil concebir lo efectivo que es lo público como medio para recolectar toda la información que existe en una nación y, en consecuencia, generar sugerencias útiles. —

Traducción de Elisa Corona

ÉTICA NACIDOS PARA DONAR

ANA PAULA RUMUALDO

Supongamos que usted tiene un hijo que sufre una enfermedad grave y la única posibilidad de salvarlo es tener otro hijo que sea genéticamente compatible para que pueda donarle el material biológico necesario, incluyendo órganos. ¿Lo haría?

Pensemos por un momento que contestó que sí. Su respuesta implicaría la creación de una vida con un propósito definido: salvar a su otro hijo. Para tal fin, no existiría un ápice de flexibilidad. Hasta en tanto no se cumpla esa meta, usted podría explicarle claramente a su hijo más joven esa cuestión que ha atareado a los filósofos durante siglos: el propósito en la vida. “Viniste al mundo a salvar a tu hermano”, le diría.

Pero la voluntad humana no es presa fácil y se puede rebelar, tal como ocurre en la novela *My sister's keeper*, de Jodi Picoult, adaptada al cine por Nick Cassavetes. El libro narra la historia de Anna, concebida para salvar la vida de su hermana Kate, quien sufre de leucemia. Anna sirve como donadora hasta que demanda a sus padres para emanciparse médicamente de ellos y no verse obligada a donarle un riñón a Kate.

Hasta los once años, Anna había sido sometida a múltiples intervenciones quirúrgicas para extraer el material necesario para Kate. Nadie reparó en su voluntad ya que, al ser menor de edad, el consentimiento para intervenciones médicas es expresado por los padres, quienes tienen la custodia legal. Kate tampoco es consultada acerca de su deseo para continuar sometiéndose a tratamientos que prolonguen su vida. La mayoría de las personas que las rodean dan por sentado que Kate quiere continuar viviendo y que Anna quiere salvar la vida de su hermana. Pocos son capaces de imaginarse otro escenario.

Por otra parte, *Nunca me abandones*, el libro de Kazuo Ishiguro —también con una adaptación cinematográfica—, plantea la existencia de un mundo donde se crean clones para que sirvan

de posibles donadores en caso de que sus “originales” lo necesiten. La finalidad es que se les pueda extraer tanto material como sea necesario, de modo que su vida pasa a segundo término. Los clones se mantienen aislados y son educados en artes y letras, sin que tengan idea de su ineludible destino en la vida.

Megan Matthews nació con anemia de Fanconi, una rara enfermedad que impide la producción de células sanguíneas. A sus nueve años, las posibilidades de sobrevivir eran nulas, pues requería de un trasplante de médula espinal. El panorama cambió con el nacimiento de su hermano Max, el primer bebé seleccionado en Reino Unido mediante fertilización *in vitro* para ser un *saviour sibling*. La cirugía resultó un éxito. Max le debe la vida a su compatibilidad genética con Megan, ya que de otra forma no habría sido escogido por los médicos. Ese es el dilema bioético.

De entre los países europeos que regulan la selección de embriones que sirven como donadores una vez que nacen, España, Finlandia, Francia, Italia, Portugal y Reino Unido la permiten, y únicamente Alemania y Dinamarca la prohíben. En México, la Ley General de Salud y el reglamento en materia de control sanitario de la disposición de órganos, tejidos y cadáveres de seres humanos, regulan lo relativo a donaciones y trasplantes y establecen que las donaciones realizadas por menores de edad son permitidas únicamente con el consentimiento de sus padres o tutores legales. Lo relativo a la selección de embriones no se encuentra regulado.

Los argumentos en contra de la selección de embriones para estos fines refieren que los *saviour siblings* son utilizados como productos y, por tanto, sirven como un medio y no como un fin en sí mismos y que el hecho de nacer para convertirse en donadores puede causarles afectaciones físicas y psicológicas.

Pero, ¿en realidad es tan funesta la creación de *saviour siblings*? Los argumentos a favor refieren que no son equivalentes a los bebés genéticamente diseñados, ya que su elección no se basa en características tales como el color de sus ojos, cabello, piel o una



+*Saviour sibling*, dilema bioético.

menor propensión a enfermedades, sino a su compatibilidad genética con el hermano cuya vida se pretende salvar. Por otra parte, el diagnóstico genético previo a la implantación del embrión ha sido ampliamente aceptado, por lo que la elección de un donador no tendría por qué constituir una excepción.

Si los *saviour siblings* son un medio y no el fin, la ética kantiana se va al demonio (las personas deben ser tratadas como fines en sí mismos y no únicamente como medios). Sin embargo, si los donadores fueran únicamente un medio, serían descartados después de haber cumplido su propósito, como ocurre en *Nunca me abandones*.

Al nacimiento de un bebé se le puede dar, por lo general, un enfoque utilitarista, ya que su existencia puede obedecer a distintas razones: completar una familia, servir como compañero para su hermano mayor, complacer a sus abuelos, convertirse en heredero, lograr lo que sus padres no lograron. En todos esos casos, la voluntad de los padres y la existencia de un propósito prevalecen sin ser sometidos a un cuestionamiento, pero ¿son acaso estos mejores propósitos que los de la donación?

Un niño que no nazca con un propósito tan claro e inevitable como el de servir de donador, probablemente tendrá la posibilidad de elegir si quiere o no satisfacer los deseos de sus padres. Del lado contrario, podemos afirmar que sea cual fuere la razón que da pie al nacimiento de un bebé, su beneficio más relevante es, justamente, constituir la causa de su existencia. —